Kuki abrió su bolsa y comprobó que llevaba la toalla.
¡Hoy iba a la piscina con sus amigas!



Mónica, Telma, Anita, Roma y Claudia ya la esperaban. Había sombrillas de colores y un tobogán que terminaba en el agua.

—¡Vamos! —dijo Kuki.



Primero jugaron a salpicarse un poquito.
Telma se tapó la nariz y Roma dejó que el agua le hiciera cosquillas en los pies.
Kuki se reía a carcajadas.



Después fueron al tobogán.
Mónica bajó sentada, con los pies por delante.
—¡Qué fresquita está el agua! —dijo al llegar.



Anita esperaba su turno junto a Claudia.
Kuki subió los escalones despacio.
Desde arriba veía a sus amigas saludándola.



Esta vez, Kuki decidió bajar de espaldas.
Se dio la vuelta y comenzó a deslizarse.
Pero no veía hacia dónde iba.



En la bajada se giró de golpe.
¡Ay!
Se dio un golpe en la barbilla.



Le dolía mucho y empezó a llorar.
Entonces vio unas gotitas de sangre.
—¡Mamá! —llamó, asustada.



Su mamá llegó enseguida y la ayudó a salir del agua.
El socorrista se acercó con una gasa.
—Estamos contigo, Kuki.



Mónica trajo la toalla y Telma recogió sus sandalias.
Anita, Roma y Claudia se quedaron cerca.
Ya no tenían ganas de jugar. Querían que Kuki estuviera bien.



Su mamá sostuvo la gasa con cuidado sobre la barbilla.
—Vamos a que te vea el médico.
Kuki asintió entre sollozos.
Ojalá aquel golpe no hubiera ocurrido.



Antes de marcharse, Claudia le apretó suavemente la mano.
—Te guardamos un sitio para cuando vuelvas.
Kuki intentó sonreír, pero le dolía demasiado.



En la sala de espera, Kuki se acurrucó junto a su mamá.
Tenía la toalla sobre las piernas y muchas ganas de llorar.
—Estoy triste —susurró—. Y me duele.



Su mamá la abrazó con cuidado.
—Lo sé, cariño. Estoy aquí.
Kuki se quedó un ratito así, escuchando su voz.



Cuando entraron en la consulta, el médico se sentó cerca.
—Hola, Kuki. ¿Me cuentas qué ha pasado?
Ella le contó lo del tobogán, las lágrimas y la barbilla.



El médico miró la herida con cuidado.
—Necesitas unos puntos para ayudar a que se cierre.
—¿Puntos? —preguntó Kuki, agarrándose a la mano de su mamá.



—Primero voy a poner una medicina que duerme esta zona —explicó él—.
Así podremos ponerte los puntos sin que te duela como ahora.
Kuki escuchaba muy seria.



—La medicina se pone con un pinchacito. Puede molestar un momento.

—No me gustan los pinchazos —dijo Kuki.

—Lo entiendo. Te iré contando lo que hago.



Su mamá le ofreció las dos manos.
—Puedes apretarlas y mirar hacia mí.
Kuki respiró despacito.
Todavía tenía miedo, pero se sentía acompañada.



El pinchazo molestó y se le escaparon unas lágrimas.
Su mamá siguió a su lado.
Al poco rato, Kuki empezó a notar la barbilla de otra manera.



El médico esperó y comprobó que la zona estuviera dormida.

—¿Te duele aquí?

—No como antes —respondió Kuki.

Entonces él empezó a poner los puntos.



Kuki miraba a su mamá mientras el médico trabajaba.
Pensaba en el agua azul y en sus amigas.
La mano de mamá seguía allí, calentita, dentro de la suya.



—Ya hemos terminado —dijo el médico.
Kuki abrió mucho los ojos.
—¿Ya?
¡Qué alivio! Lo más difícil había pasado.



—Lo has hecho muy bien, Kuki. Gracias por decirme cómo te sentías.

—Pero he llorado…

—Claro. Te dolía y tenías miedo. Puedes llorar y dejar que te ayudemos.



El médico le dio un dibujo para colorear.
¡Era una piscina con una sombrilla enorme!
—Este es para ti.
Kuki lo sostuvo con las dos manos.



Antes de salir, el médico explicó a su mamá cómo cuidar la herida y cuándo volver.
Kuki escuchó la última parte.
—Ahora toca descansar y dejar que la barbilla se cure.



Cuando llegó a casa, su familia salió a recibirla.
Sus amigas fueron a verla después.
Mónica preguntó bajito:
—¿Te duele menos?



—Sí. Me han puesto puntos —dijo Kuki—. Y mirad lo que me han dado.

Extendió el dibujo sobre la mesa.

Telma acercó los lápices y Anita eligió un azul precioso.



Roma pintó una sombrilla y Claudia añadió un sol.
Kuki dibujó a sus cinco amigas junto a ella.
Ahora las seis estaban también en aquella piscina de papel.



Más tarde salieron todos a merendar cerca de casa.
—¿Qué te apetece, Kuki? —preguntó su mamá.
Kuki ya tenía la respuesta:
—¡Un crepe de chocolate!



El crepe estaba blandito y olía de maravilla.
Kuki comió un bocadito mientras sus amigas le contaban cosas divertidas.
Se le escapó una risita.
¡Cuánto la había echado de menos!



Su barbilla todavía necesitaba cuidados, pero Kuki ya estaba mucho más tranquila.

Miró a sus amigas, a su familia y a su crepe de chocolate.

—Hoy me he llevado un buen susto… Qué bien que estéis conmigo.

